

XI

Voltaire y Rousseau

Como hemos dicho, el cuarto de dormir de Luciennes era una maravilla de construcción y de adorno. Situado al Oriente, estaba cerrado tan herméticamente por los postigos dorados y por las cortinas de raso, que jamás penetraba allí la luz antes de haber obtenido, como un cortesano, sus pequeñas y grandes entradas.

Por el verano, ventiladores invisibles sacudían allí un aire tamizado, semejante al que habría podido producir un millar de abanicos.

Eran las diez cuando el rey salió del cuarto azul.

Esta vez los equipajes del rey se hallaban aguardando desde las nueve en el patio principal.

Zamora, con los brazos cruzados, daba ó aparentaba dar órdenes.

El rey asomó la cabeza á la ventana, y vió todos aquellos preparativos de marcha.

— ¿Qué significa esto, condesa? preguntó; ¿no almorzamos? Diríase que queréis enviarme en ayunas.

— ¡No lo quiera Dios, señor! respondió la condesa. Pero he creído que V. M. había citado al señor de Sartines para Marly.

— ¡Pardiez! exclamó el rey. ¡Me parece que muy bien se podría mandar decir á Sartines que viniese á verme aquí, puesto que está tan cerca!

— V. M. me hará el honor de creer, dijo la condesa

sonriendo, que no sois vos á quien primero ha ocurrido esa idea.

— Y además, la mañana está demasiado bella para trabajar: almorcemos.

— Sin embargo, sería preciso darme á mí algunas firmas.

— ¿Para madama de Bearn?

— Precisamente, y luego indicar el día.

— ¿Qué día?

— Y la hora.

— ¿Qué hora?

— El día y la hora de mi presentación.

— A fe mía, condesa, que habéis ganado bien vuestra presentación. Fijad vos misma el día.

— Señor, el más próximo posible.

— ¿Conque todo está dispuesto?

— Sí.

— ¿Habéis aprendido á hacer vuestras tres reverencias?

— Así lo creo, puesto que hace un año que me ejercito en ellas.

— ¿Tenéis vuestro vestido?

— Bastan veinticuatro horas para hacerlo.

— ¿Tenéis vuestra madrina?

— Dentro de una hora estará aquí.

— Y bien, condesa; vamos á hacer un convenio.

— ¿Cuál?

— De no hablarme más de la ocurrencia del vizconde Juan con el barón de Tavernay.

— ¿Conque sacrificamos al pobre vizconde?

— Sin duda.

— Pues bien, señor, no hablaremos más de eso...

¿El día?

— Pasado mañana.

— ¿La hora?

- Las diez de la noche como de costumbre.
- ¿Queda convenido, señor?
- Queda convenido.
- ¿Palabra real?
- A fe de caballero.
- Toca esos cinco, La Francia.

Y madama Dubarry alargó al rey su linda manecita en la que Luis XV dejó caer la suya.

Aquella mañana todo Luciennes sintió el efecto de la alegría de su dueño. Éste había cedido sobre un punto, en el que hacía largo tiempo que estaba resuelto á ceder, pero había ganado sobre otro, y por consiguiente había salido ganancioso. Tenía que dar cien mil libras á Juan, á condición de que fuese á perderlas en las aguas de los Pirineos ó de Auvernia, y eso debía pasar por un destierro á los ojos de Choiseul. Hubo luises de oro para los pobres, pasteles para las carpas y elogios para las pinturas de Boucher.

Aunque había cenado perfectamente la vispera, S. M. almorzó con grande apetito.

Entretanto acababan de dar las once, y la condesa, sin dejar de servir al rey, no quitaba la vista del péndulo, demasiado lento para ella.

El mismo rey se había tomado la molestia de decir que si llegaba madama de Bearn, podían introducirla en el comedor.

Fué servido el café, saboreado y tomado, sin que llegase madama de Bearn.

Á las once y cuarto, oyóse resonar en el patio el galope de un caballo.

Levantóse con rapidez madama Dubarry y miró por la ventana.

Un correo de Juan Dubarry se apeaba de un caballo bañado en sudor.

La condesa se estremeció, pero, como le convenía no

dejar traslucir ninguna de sus inquietudes, á fin de mantener al rey en sus buenas disposiciones, volvió á sentarse á su lado.

Un instante después entró Chon con un billete en la mano.

No era caso de retroceder, había que leerlo.

— ¿Qué es eso, gran Chon? ¿Un billete amoroso? preguntó el rey.

— ¡Oh, Dios mío! Sí, señor.

— ¿Y de quién?

— Del pobre vizconde.

— ¿Bien seguro?

— Vedlo vos mismo.

El rey reconoció la letra, y creyendo que le hablaría en él de la aventura de La Chaussée:

— ¡Bueno, bueno! dijo separando la mano. Basta con eso.

La condesa estaba en ascuas.

— ¿Es para mí el billete? preguntó.

— Sí, condesa.

— ¿Permite el rey?.....

— Lo que queráis, ¡pardiez! Entretanto me recitará Chon la fábula del cuervo y el zorro.

Y atrajo á Chon entre sus rodillas, cantando con la voz más falsa de su reino, como decía Juan Jacobo:

Perdí mi servidora
Perdí mi dicha toda.

La condesa se retiró al alfeizar de una ventana y leyó:

«No aguardes á la vieja malvada, pues pretende que se ha quemado ayer noche un pie y está en cama. Agradece á Chon su llegada de ayer; ella es quien nos

ha acarreado esto, pues la pícara bruja la ha reconocido, y he aquí descubierto el pastel.

» Fortuna tiene con haberse perdido ese bellaco de Gilberto, que es la causa de todo esto. ¡ Le retorcería el pescuezo! Pero, que no se incomode, que si le atrapo, no le ha de faltar ese regalo.

» En resumen. Ven pronto á París, en donde nos hallamos todos como estábamos antes.

» JUAN. »

— ¡ Qué es eso? preguntó el rey, que había sorprendido la súbita palidez de la condesa.

— Nada, señor: un boletín de la salud de mi cuñado.

— ¡ Y ese querido vizconde va cada vez mejor?

— Cada vez mejor, repitió la condesa. ¡ Gracias, señor! Pero veo que entra un coche en el patio.

— ¡ Sin duda es nuestra condesa?

— No, señor, es el señor de Sartines.

— ¡ Y bien! dijo el rey viendo que madama Dubarry se dirigía á la puerta.

— Y bien, señor, respondió la condesa; os dejo con él y paso á mi cuarto de tocador.

— ¡ Y madama de Bearn?

— Cuando llegue, señor, tendré el honor de hacer advertir á V. M., respondió la condesa estregando el billete en el fondo del bolsillo de su peinador.

— ¡ Conque me abandonáis, condesa! dijo el rey con un suspiro melancólico.

— Señor, hoy es domingo; ¡ las firmas, las firmas!...

Y fué á presentarle sus frescas mejillas, á cada una de las cuales aplicó él un fuerte beso, y hecho esto, salió la condesa.

— ¡ Váyanse al diablo las firmas, dijo el rey, y los

que vienen á buscarlas! ¡ Quién habrá inventado los ministros, las carteras y el papel Tellière!

No bien había concluido el rey esta maldición cuando entraban el ministro y la cartera por la puerta opuesta á aquella por donde se había ido la condesa.

El rey lanzó otro suspiro más melancólico aun que el primero.

— ¡ Ah, sois vos, Sartines! dijo el rey. ¡ Qué exacto sois!

Estas palabras fueron dichas con un acento, que era imposible saber si eran un elogio ó un reproche.

El señor de Sartines abrió la cartera y se disponía á sacar los papeles, cuando se oyó el ruido de un coche sobre la arena de la calle de árboles.

— ¡ Aguardad, Sartines! dijo el rey.

Y corrió á la ventana.

— ¡ Cómo! exclamó. ¡ Es la condesa que sale?

— La misma, señor, dijo el ministro.

— ¡ Luego no aguarda á la condesa de Bearn?

— Señor, estoy tentado á creer que se ha cansado de aguardarla y que la va á buscar.

— Pero esa señora debía venir esta mañana.

— Señor, casi estoy seguro de que no vendrá

— ¡ Cómo! ¡ Sabéis eso, Sartines?

— Señor, preciso es que yo sepa un poco de todo, á fin de que V. M. esté satisfecho de mí.

— Pero ¡ qué ha sucedido? Decídmelo, Sartines.

— ¡ Á la vieja condesa, señor?

— Sí.

— Lo que sucede en todas las cosas, señor; dificultades.

— Pero al cabo ¿ vendrá esa condesa de Bearn?

— ¡ Hum! ¡ hum! Señor, ayer había más seguridad de ello que esta mañana.

— ¡Pobre condesa! exclamó el rey sin poder menos de dejar brillar en sus ojos un rayo de alegría.

— ¡Ah, señor! la cuádruple alianza y el pacto de familia eran un grano de anís al lado del negocio de la presentación.

— ¡Pobre condesa! repitió el rey meneando la cabeza. ¡Nunca llegará á sus fines!

— Lo temo, señor; á menos que V. M. se enfade.

— ¡Y se creía ella tan segura del éxito!

— Lo peor para ella, dijo el señor de Sartines, es que no siendo presentada antes de la llegada de la señora Delfina, es probable que no lo sea nunca.

— Más que probable, Sartines, tenéis razón, porque dicen que mi nuera es muy severa, muy devota y mojigata. ¡Pobre condesa!

— De seguro, repuso el señor de Sartines, que va á causar un pesar muy grande á madama Dubarry el no ser presentada, pero en cambio ahorrará muchos cuidados á V. M.

— ¿Lo creéis así, Sartines?

— Sin duda; no tendremos que oír á los envidiosos, á los murmuradores, á los cancioneros, á los aduladores y á los periodistas. Si madama Dubarry fuese presentada, señor, nos costaría cien mil francos de policía extraordinaria.

— ¿En verdad? ¡Pobre condesa! Sin embargo, ella lo desea mucho.

— Entonces, ordene V. M., y quedarán satisfechos los deseos de la condesa.

— ¿Qué estáis diciendo, Sartines? exclamó el rey. Decidme de buena fe, ¿puedo yo mezclarme en todo eso? ¿Puedo yo firmar la orden de ser bondadoso con madama Dubarry? ¿Y sois vos, Sartines, vos, hombre de talento, quien me aconseja el dar un golpe de Estado por satisfacer el capricho de la condesa.

— ¡Oh! no, señor. Yo me contentaré con decir como V. M.: ¡Pobre condesa!

— Además, dijo el rey, su situación no es tan desesperada. Vos lo veis todo de color de vuestra casaca, Sartines. ¿Quién nos dice que madama de Bearn no mudará de parecer? ¿quién nos asegura que llegará tan pronto la señora Delfina? Tenemos aun cuatro días antes que llegue á Compiègne, y en cuatro días se pueden hacer muchas cosas. Vamos, ¿trabajaremos esta mañana, Sartines?

— ¡Oh, señor! no tiene V. M. más que poner tres firmas.

Y el subdelegado de policía sacó de la cartera un papel.

— ¡Oh, oh! exclamó el rey: ¡Una carta-orden!

— Sí, señor.

— ¿Y contra quién?

— Lo puede ver V. M.

— ¿Contra el señor Rousseau? ¿Qué cosa es ese Rousseau, Sartines, y qué es lo que ha hecho?

— ¡Qué ha hecho! El *Contrato social*, señor.

— ¡Ah! ¡ah! ¿Es contra Juan Jacobo? ¿Conque queréis embastillarle?

— Señor, anda dando escándalo.

— ¿Qué diablo queréis que haga?

— Además, yo no propongo meterle en la Bastilla.

— Entonces, ¿para qué es la carta-orden?

— Señor, para tener el arma preparada.

— No es porque yo me interese por ninguno de vuestros filósofos, dijo el rey.

— Y V. M. hace muy bien en no interesarse, repuso Sartines.

— Pero bien veis que gritarian; además, creía que estaba autorizada su estancia en París.

— Tolerada, señor, pero á condición de que no se presentase en público.

— ¿Y se presenta?

— No hace más que eso.

— ¿Con su traje armenio?

— ¡Oh! no, señor, pues le hemos intimado que lo dejase.

— ¿Y ha obedecido?

— Sí, pero gritando: ¡persecución!

— ¿Y ahora cómo anda vestido?

— Como todos, señor.

— Entonces no es grande el escándalo.

— ¡Cómo, señor! adivinad adónde va diriamente un hombre á quien se ha prohibido presentarse en público.

— Á casa del mariscal de Luxemburgo, á la del señor de Alembert, á la de madama de Epinay.

— ¡Al café de la Regencia, señor! Todas las noches juega allí al ajedrez, por obstinación, porque siempre pierde; y todas las noches tengo que emplear una brigada para vigilar los corrillos que se forman al rededor de la casa.

— Vamos, dijo el rey, los parisienses son aun más bestias de lo que yo creía. Dejadlos que se diviertan así, Sartines, pues durante ese tiempo no gritarán contra la miseria.

— Sí, señor; pero si se le ocurriese un día el pronunciar discursos como los que pronunciaba en Londres.

— ¡Oh! entonces, como habría delito, y delito público, no tendríais necesidad de una carta-orden, Sartines.

El subdelegado de policía conoció que el arresto de Rousseau era una medida cuya responsabilidad regia

quería declinar Luis XV; y por consiguiente no insistió más.

— Ahora, señor, dijo el señor de Sartines, se trata de otro filósofo.

— ¿Aun otro? dijo el rey como fatigado. Pero entonces es cosa de nunca acabar con ellos.

— ¡Ay, señor! ellos son los que nunca acaban con nosotros.

— ¿Y de quién se trata?

— Del señor de Voltaire.

— ¿También ese ha vuelto á entrar en Francia?

— No, señor; y tal vez valdría más que hubiese entrado, pues de ese modo le vigilaríamos.

— ¿Qué es lo que ha hecho?

— No es él quien hace, sino sus partidarios: no tratan nada menos que de erigirle una estatua.

— ¿Ecuestre?

— No señor, aunque os aseguro que es un famoso conquistador de ciudades.

Luis XV se encogió de hombros.

— Señor, desde Poliorcete no he visto un perillán como él, continuó el señor de Sartines. Por todas partes tiene inteligencias secretas, entra donde quiere; los primeros de vuestro reino se hacen contrabandistas para introducir sus libros. El otro día he embargado ocho cajones llenos, dos de ellos dirigidos al señor de Choiseul!

— Es muy divertido.

— Al mismo tiempo, señor, observad que hacen por él lo que por los reyes; le votan una estatua.

— Sartines, no se votan estatuas á los reyes, son ellos los que se las votan. ¿Y quién es el encargado de esa bella obra?

— El escultor Pigale, que ha salido ya para Ferney á fin de ejecutar el modelo. Entretanto llueven las

suscripciones, se han reunido ya seis mil escudos, y advertid, señor, que sólo tienen el derecho de suscribir las personas de letras. Todos acuden con la ofrenda, de manera que es una procesión. El mismo Rousseau ha entregado sus dos luises.

— ¡Y bien! ¿qué queréis que haga? dijo Luis XV. Yo no soy hombre de letras, y no es negocio que me atañe.

— Señor, pensaba tener el honor de proponer á V. M. el poner coto á esa demostración.

— ¡Guardaos bien de ello, Sartines, si no queréis que en lugar de votarle una estatua de bronce, le voten una de oro! Dejadlos hacer. Al cabo ha de estar aun más feo en bronce que en carne y hueso.

— ¿Según eso desea V. M. que la cosa siga su curso?

— ¡Deseo! entendámonos, Sartines; deseo no es la palabra. Ciertamente querría reprimir todo eso; pero, ¿qué queréis? es imposible. Ha pasado el tiempo en que la soberanía podía decir al espíritu filosófico, como Dios al Océano: No pasarás de aquí. Gritar sin resultado, dar golpes en vago, sería mostrar nuestra impotencia. Separemos la vista, Sartines, y hagamos como que no vemos.

El señor de Sartines dió un suspiro.

— Señor, dijo, si no castigamos á los hombres, á lo menos destruyamos sus obras. He aquí una lista de las obras que es urgente condenar, porque unas atacan al trono, otras al altar; las unas son una rebelión, las otras un sacrilegio.

Luis XV tomó la lista, y leyó con lánguida voz:

« El Contagio sagrado, ó Historia natural de la superstición; Sistema de la naturaleza, ó Leyes del mundo físico y moral; Dios y los hombres; Discurso sobre los milagros de Jesucristo; Instrucciones del

Capuchino de Ragusa al hermano Reduicioso, que sale para la Tierra Santa. »

Aun no había leído el rey la cuarta parte de la lista, y sin embargo dejó caer el papel. Sus facciones, calmadas de ordinario, tomaron una expresión singular de tristeza y desaliento.

Quedó pensativo, absorto, como aniquilado, durante algunos instantes.

— Esto sería levantar un mundo, Sartines; que lo ensayen otros.

Sartines le miraba con esa inteligencia que tanto gustaba Luis XV ver en sus ministros, porque le ahoraba un trabajo de pensamiento y de acción.

— La tranquilidad, ¿no es verdad, señor? Lo que el rey quiere es la tranquilidad, dijo á su vez.

El rey meneó la cabeza de alto abajo.

— ¡Eh! verdad es, si: yo no pido otra cosa á vuestros filósofos, á vuestros enciclopedistas, á vuestros taumaturgos, á vuestros iluminados, á vuestros poetas, á vuestros economistas, á vuestros folletistas que no se sabe de dónde salen, y que bullen, escriben, graznan, calumnian, calculan, predicán, gritan. Que los coronen, que les eleven estatuas y les erijan templos; pero que me dejen en paz.

Sartines se levantó, saludó al rey y salió murmurando:

— Felizmente que hay en nuestras monedas: *Domine, salvum fac regem.*

Entonces Luis XV, que había quedado solo, tomó una pluma y escribió al Delfín:

« Me habéis pedido que activase la llegada de la señora Delfina; voy á daros ese gusto.

» Doy la orden de no detenerse en Noyón; por consiguiente, el martes por la mañana estará en Compiègne.

» Yo mismo estaré allí á las diez en punto ; es decir, un cuarto de hora antes que ella. »

— De este modo, dijo, me desembarazaré de esa tontería de la presentación que me atormenta más que Voltaire, que Rousseau, y que todos los filósofos habidos y por haber. Con esto, el negocio se ventilará entre la pobre condesa, el Delfín y la Delfina. ¡No falta más! Que vayan recayendo los disgustos, los odios y las venganzas sobre los espíritus jóvenes que tienen fuerzas para luchar. Que aprendan los niños á sufrir, eso forma la juventud.

Y encantado de haber eludido de ese modo la dificultad, seguro de que ninguno podría echarle en cara el haber favorecido ó impedido la presentación que ocupaba á todo París, el rey entró en el coche y partió para Marly, en donde le aguardaba la corte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

XII

Madrina y Ahijada

La pobre condesa (conservémosle el epíteto que el rey la había dado, porque de seguro lo merecía bien en aquel momento) corría como una alma en pena por el camino de París.

Chon, aterrada como ella por el penúltimo párrafo de la carta de Juan, ocultaba en el retrete de Lucien-nes su dolor é inquietud, y maldecía la fatal idea que había tenido de recoger á Gilberto en el camino real.

Habiendo llegado al puente de Antín, sobre la cloaca que iba á dar al río y rodeaba á París desde el Sena á la Roquette, la condesa halló un coche que la estaba esperando.

En aquel coche se hallaba el vizconde Juan en compañía de un procurador, con quien parecía argumentar enérgicamente.

Así que Juan percibió á la condesa, dejó á su procurador, saltó del coche é hizo seña al cochero de su hermana de que parase.

— Pronto, condesa, dijo, pronto; sube á mi coche y corre á la calle de San Germán de los Prados.

— Parece que la vieja se burla de nosotros, dijo madama Dubarry, cambiando de coche, mientras que el procurador, advertido por una seña del vizconde, hacia lo mismo.